

SENIL CASUALIDAD

Tomonari:

Ahora, os los ruego, ¡Decidme sus nombres!

Pareja Anciana:

¿Qué necesidad tenemos de continuar el secreto?

Takasago y Sumiyoshi,

los espíritus de pino, marido y mujer,

están frente a ti.

De "Takasago", por Zeami.

14 de Mayo, 2001.

Osaka, Satsukigaoka.

Por fin un lugar con silencio occidental, sin rigurosa perfección, con la calidez del murmullo y el hojear de periódicos. Café colombiano y mesas de mayor altura que mis rodillas, croissant francés, ventana hacia un jardín artificial. Me hacía falta un lugar así, exento de tatamis y reverencias. Después de meses aquí ya he perdido peso y también algunas costumbres, tontas si se quiere, saludar con un beso en la mejilla, un apretón de manos, esas cosas.

A mi izquierda, dos *ojisan* amurallados tras el periódico, arrugando los ojos para interpretar la bola de signitos que siguen y seguirán siendo un misterio para mí. A la derecha una *obāchan*, lady en sus ochenta, conversando con una pequeña maceta que trajo en la canasta de su bicicleta. Finjo no sorprenderme (como la mesera), un poco por cortesía, un poco por estar acostumbrada. La tercera edad es en Japón la base de la pirámide poblacional, nómadas de cafés a restaurantes a jardines, cargando su propia conversación y meciendo el tono de voz de la amabilidad al odio, según el clima.

En su mesa para dos personas, la pequeña planta ocupa una silla y la anciana otra. Ordena un café americano y un vaso de agua (sin hielo, *onegaishimasu*) para su planta. Después los ojos se detienen un poco en mí y yo me escondo tras la obra de Takasago en inglés, banderín de no quiero hablar con nadie en lengua nipona. Aunque entiendo el engranaje del murmullo prefiero ocupar otro espacio que el hablado: ojos grandiredondos, de gato observador.

Estos pinos significan hojas de discurso que no caen: palabras.
(Sumiyoshi)

Ya casi vas a tener una flor - dice -, ¿No te da emoción? La planta no le contesta, tal vez porque la mujer vació entonces un vaso de agua en la tierra seca. La planta se ve contenta. De nuevo los ojos (también secos) de la mujer se encajan en los míos. Leo, leo, leo y leo, me repito y mi cabeza obedece. La mujer se levanta y me dice: “Disculpa, ¿Puedes por favor vigilar mis cosas mientras voy al baño?”. Es un japonés de lo más amigable y familiar, como si fuera amiga de mi madre o algo así, sin reparar en que soy una *gaijin*, una extranjerota que muy probablemente no va a entender nada de lo que se le diga (comportamiento de lo mas común en los *nihonjin*). Le respondo que no hay problema. Al regresar vierte más agua en la maceta, acaricia sus hojas, sorbe un poco de café, limpia el tallo con una servilleta.

*Las ramas de pino brillan
con siempre verde
hojas de discurso: perlas de rocío
que en el corazón buscan gracia refinada.*
(coro)

Sí, una bolsa de plástico. La mesera la ve sacudiendo las pestañas.

Onegaishimasu, ruega la anciana. La mesera pregunta al gerente si puede hacer entrega de tal encomienda. Cuando la mujer la recibe, explica: es que vienen las dos en la misma bolsa, dentro de la canasta, viajan incómodas. Una segunda plantita aparece sobre la mesa, tímidamente. Es más delgada, un poco débil. También recibe el *day-care* en cada hoja y unas palabras en voz baja que me confortan a mí también, intrusamente, a pesar de no conocerlas. La *obāsan* gira sus ojos inquietos hacia las mesas de a lado (es decir, la mía). Me pregunta a qué hora saldré del restaurante. Cruza por mi mente la idea de gozar otra vez del patrocinio de esas errantes viejecillas y contesto que ya pronto. Qué lástima – responde - Te iba a encargar que cuidaras a mis plantas en lo que iba al supermercado y volvía, ni modo, tendré que llevarlas conmigo, ya están cansadas de andar de acá para allá, las pobres. Dicho esto se levanta y paga su cuenta. A mí me da la impresión de que olvida algo. Reviso su lugar y nada. Ninguna excusa para seguirla y conversar un poco. Le observo pedalear su bicicleta y tornarse un punto grisáceo, lejos. En mi mesa, una flor de pino abierta y seca. Es el adorno que acompaña al café irlandés.

*Se dice
que plantas y árboles
son seres insensibles,
mas flor y fruto nunca equivocan su tiempo.
(coro)*

Termino por creer en lo que ya no veo, como Tomonari.

© Cristina Rascón Castro (Sonora, México, 1976)
Del libro "Hanami",
Tierra Adentro, 2009.
Premio Latinoamericano de cuento Benemérito de América 2005.